

¿Qué es la Gran Comisión?

R.C. Sproul

PREGUNTAS CRUCIALES



No. 21

PREGUNTAS CRUCIALES
No. | 24

¿Qué es *la* Gran Comisión?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales

Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Qué es la Gran Comisión?

Traducido del libro *What Is the Great Commission?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com
© Septiembre de 2015. Primera edición, cuarta impresión

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-616-5

CONTENIDO



Capítulo uno

¿Qué es el evangelio?

La batalla entre el ejército persa de Darío I y las tropas griegas, que ocurrió en Maratón el año 490 A.C., marcó un punto de inflexión en las Guerras Médicas y en la historia de la sociedad occidental. Hasta ese momento, Darío no había sido derrotado en su intento de conquistar Grecia, y el dominio persa a través de la región mediterránea había crecido sostenidamente por más de ciento cincuenta años. La derrota de las fuerzas persas, que eran superiores, por parte del ejército griego en Maratón dio inicio a los doscientos años de influencia de la cultura griega clásica y a la decadencia del Imperio Medo-Persa.

Esta fue una batalla de enorme importancia; no obstante, la gente que estaba en casa no tenía idea del resultado inmediatamente después de la batalla. Tuvieron que esperar ansiosamente para recibir alguna noticia de lo que había sucedido. Pero hoy, en la mayoría de los casos, no tenemos que esperar mucho las novedades acerca de los acontecimientos significativos. Vivimos en un mundo donde las noticias viajan muy rápidamente, con sofisticada tecnología para anunciar lo que sucede alrededor del mundo en cuestión de segundos. En el mundo antiguo, sin embargo, no ocurría lo mismo. Una batalla de importancia estratégica para la historia de la nación podía haber estado ocurriendo a tres mil kilómetros, y sin duda los informes debían tardar cierto tiempo en llegar tan lejos.

Los ejércitos de la antigüedad usaban corredores para que llevaran la

noticia acerca del resultado de las batallas. La gente en casa ponía puestos de vigilancia para observar cualquier señal de algún mensajero. Se dice que, por la actitud del corredor, el vigilante podía decir si traía buenas o malas noticias.

Uno de los legados perpetuos de la Batalla de Maratón es haber inspirado la carrera de la maratón. Cuenta la leyenda que un corredor llevó la noticia de la victoria ateniense a la ciudad de Atenas y a su llegada cayó muerto de cansancio. Él se exigió hasta el límite absoluto porque llevaba buenas noticias, y quería que la gente pudiera alegrarse por ellas.

El apóstol Pablo aludió a estas prácticas en su epístola a los Romanos, donde dice: "¡Qué hermoso es recibir al mensajero que trae buenas nuevas!" (10:15, NVI). Imagínate al vigía que podía ver los pies volando mientras el mensajero corría a toda prisa hacia las puertas de la ciudad a dar la buena noticia. Era una bella imagen, y la gente daba gritos de victoria al ver al corredor. Ellos tenían una palabra para ese tipo de mensaje: *euangelion*, un buen mensaje.

La palabra inglesa para evangelio, *gospel*, deriva del inglés antiguo *godspell*, que significa "buena historia" o "buen mensaje". *Godspell* es la traducción del latín *evangelium*, que deriva del griego *euangelion*. La palabra griega está compuesta del prefijo *eu-* y la raíz *angelion*. El prefijo *eu-* aparece a menudo en palabras de nuestro idioma y se refiere a algo "bueno". Consideremos la palabra *eufemismo*, por ejemplo. El dentista que está a punto de perforar quizá diga "puede que esto le cause alguna incomodidad", en lugar de decir "esto le va a doler". Él usa palabras más suaves para amortiguar algo que no es fácil oír. Eso es un eufemismo: afirmar algo con palabras que suenen mejor de lo que realmente es. Asimismo, se habla de *eugenesia* cuando se seleccionan los mejores genes de una especie.

Cuando se añade el prefijo *eu-* a la raíz *angelion*, que significa mensaje (de la misma raíz proviene la palabra "ángel" o "mensajero"), obtenemos *euangelion*, "buen mensaje". La palabra *euangelion* originalmente funcionaba como una expresión literal de cualquier buen informe, especialmente en el contexto de actividades militares o campañas políticas. Pero cuando llegamos al Nuevo Testamento, el concepto de *euangelion* adquiere un nuevo significado. Jesús comenzó su ministerio con una proclamación pública acerca de las buenas noticias que le estaba anunciando a la gente: lo que llamamos el evangelio del reino. Él declaró que había un nuevo estado de cosas, que ilustró de diversas formas con parábolas, diciendo

“el reino de los cielos es como esto”, o “el reino de los cielos es como aquello”.

Cuando llegamos a las epístolas, vemos que el uso de *euangelion* o evangelio experimenta un cambio. Después del ministerio personal de Jesús —después de su vida, muerte y resurrección— los escritores del Nuevo Testamento ya no hablan acerca del evangelio del reino. En lugar de ello, hablan del evangelio de Jesucristo. La predicación apostólica se enfocó en la persona y la obra de Jesús. Eso es lo que llegó a significar el término *euangelion* hacia el cierre del Nuevo Testamento: se trataba de un mensaje y un anuncio acerca de Jesús, incluyendo quién era él y lo que había hecho.

En Lucas 24, leemos acerca de este evangelio:

> Pero el primer día de la semana, muy temprano, las mujeres regresaron al sepulcro. Llevaban las especias aromáticas que habían preparado. Como se encontraron con que la piedra del sepulcro había sido quitada, entraron; pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras ellas se preguntaban qué podría haber pasado, dos hombres con vestiduras resplandecientes se pararon junto a ellas. Llenas de miedo, se inclinaron ocultando su rostro; pero ellos les dijeron: “¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. ¡Ha resucitado! Acuérdense de lo que les dijo cuando aún estaba en Galilea: ‘Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado. Pero al tercer día resucitará’”. Ellas se acordaron de sus palabras, y cuando volvieron del sepulcro les contaron todo esto a los once, y a todos los demás” (Lucas 24:1-9).

Piensa en lo que significó para los once cuando estas mujeres volvieron corriendo desde la tumba y les contaron, emocionadas: “Él no está allí, sino que ha resucitado”. Este mensaje no fue como *cualquier* otra buena noticia. No fue una mera palabra sobre una victoria en la batalla o el anuncio de la elección de un héroe político. Este era el mensaje más grandioso que se hubiese comunicado al mundo. Fue el anuncio que lo cambió todo. Si este mensaje es cierto, *tiene* que cambiarlo todo. Uno no puede escucharlo y quedar indiferente. Es por eso que la gente a menudo es tan hostil hacia la proclamación del evangelio: ellos entienden que si es cierto, la vida jamás puede ser igual.

La clave para entender la importancia del evangelio se encuentra en el primer verso del libro de Romanos, cuando Pablo se identifica como “Pablo,

siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol y apartado para el evangelio de Dios” (1:1). Cuando Pablo habla del evangelio de Dios, no está diciendo que sea un mensaje *acerca* de Dios, sino que es un mensaje que le *pertenece* a Dios. En otras palabras, está diciendo que este evangelio nos llega *de parte* de Dios. Es Dios quien declaró que Cristo era el Mesías al resucitarlo de los muertos. Es Dios quien anuncia al mundo la esencia de lo que llamamos el *kerigma*: la proclamación de la vida, muerte, resurrección, ascensión y regreso de Cristo. Por lo tanto, toda la tarea del evangelismo consiste meramente en repetirle al mundo lo que Dios mismo declaró en primer lugar. Él fue el mensajero original.

¿Cuál es la naturaleza de este mensaje? Durante el siglo XIX, hubo un periodo de escepticismo acerca de la confiabilidad de la Escritura y acerca de muchas de las aseveraciones de la Escritura concernientes a sucesos sobrenaturales tales como los milagros. A consecuencia de ello, algunos redujeron el significado del cristianismo al núcleo ético de la enseñanza de Jesús, afirmando que lo que importa no es el estatus o autoridad sobrenatural de Jesús, sino más bien el poder y la relevancia de su enseñanza. Según esta interpretación, el verdadero evangelio tiene que ver con el mensaje de Jesús para las relaciones humanas, porque él le enseñó a la gente cómo llevarse bien unos con otros. Esta perspectiva se hizo conocida como el “evangelio social”, pues llamaba a la iglesia a una nueva misión de involucrarse en la justicia social y la atención de los enfermos, los pobres, los que agonizan, y los oprimidos.

Pero si basamos nuestra definición de *evangelio* en el sentido neotestamentario de la palabra, entonces no hay cabida para un evangelio meramente social. El evangelio del Nuevo Testamento es, primordialmente, un mensaje acerca de una persona y acerca de lo que él alcanzó mediante su vida, muerte, resurrección, y ascensión. Esto no significa que la iglesia no debería preocuparse por la ética y la justicia social, porque si el evangelio de Cristo es verdadero, las implicaciones sociales son sorprendentes. En efecto, es por causa de ese evangelio que la iglesia debe tomar conciencia de las necesidades de los que padecen quebranto y dolor. Pero jamás podemos sustituir el mensaje de Cristo por una empresa humana de preocupación social. Nuestra preocupación social *brota* del evangelio, no *reemplaza* al evangelio.

En su esencia, el evangelio es un anuncio acerca de Jesús, quien encarna en sí mismo la irrupción del reino de Dios en la historia. La buena noticia del

Nuevo Testamento comienza con un mensaje acerca del reino y concluye como el mensaje del Rey.



¿Qué es el evangelismo?

Martín Lutero dijo una vez: “Cada cristiano debe convertirse en Cristo para su prójimo”. ¿Estaba sugiriendo que cada cristiano debería morir en una cruz para expiar los pecados de su prójimo? No, lo que estaba diciendo es que Cristo es invisible para las personas incrédulas a nuestro alrededor. Ellas no ven la cruz, la tumba vacía, o a Jesús transfigurado. No lo ven en su gloria de la ascensión, y no lo ven a la derecha del Padre. Lo único que ven es a ti y a mí; y al vernos a nosotros, deben ver a Cristo.

Esa imagen de cómo nos relacionamos con Cristo —y cómo Cristo se relaciona con los demás a través de nosotros— siempre ha sido significativa para mí. Cuando me convertí, fue por medio de un hombre que me habló de Cristo, y aunque no recuerdo una palabra de lo que dijo, yo vi el poder de Cristo en él. Cuando vi lo que había en él, supe que tenía que tenerlo, cualquier cosa que hubiera sido (yo ciertamente no lo sabía en ese momento). Él era un fiel testigo de Cristo.

¿Qué significa ser testigo de Cristo? ¿Qué es el evangelismo? ¿Son lo mismo? La palabra *evangelismo* obviamente tiene algo que ver con el *evangelio*, el buen mensaje. En su definición más simple, el evangelismo es “dar a conocer el evangelio”.

La Gran Comisión en el evangelio de Mateo es una de las grandes cartas fundamentales del evangelismo. Dice así:

> Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había señalado, y cuando lo vieron, lo adoraron. Pero algunos dudaban. Jesús se acercó y les dijo: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos en todas las naciones, y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enséñenles a cumplir todas las cosas que les he mandado. Y yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo". Amén (Mateo 28:16-20).

Observemos que Jesús introduce esta comisión anunciando a sus discípulos que a él se le ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. El ímpetu para la tarea de la iglesia de involucrarse en el evangelismo reside en la autoridad de Cristo, quien ordena que la iglesia se ocupe en cierto tipo de actividades.

En los últimos años, ha surgido la discusión acerca de si el evangelismo siquiera es una empresa apropiada de la iglesia. No obstante, a mí me parece inconcebible que una iglesia considere si el evangelismo es una tarea apropiada, cuando ha recibido la orden de parte de la autoridad mandante del Señor y Cabeza de la iglesia.

¿Por qué esto se ha vuelto un punto debatible? Emil Brunner dio una respuesta en *Der Mittler* (El mediador), su obra clásica sobre Cristo. Brunner fustigó a la iglesia moderna diciendo que los asuntos del liberalismo decimonónico no son una cuestión de debates técnicos sobre puntos de doctrina secundarios. Más bien, se trata esencialmente de una cuestión de incredulidad, y debemos reconocer que efectivamente vivimos en una época en la que hay bastante incredulidad, no solo fuera de la iglesia sino también dentro de ella. Cuando existe una fuerte incredulidad, la visión, el fervor, la pasión, y el compromiso de la iglesia por el evangelismo tiende a menguar. ¿Quién podría estar apasionado por instar a otras personas a creer en algo que él mismo no cree?

Pero sería simplista asumir que cada discusión acerca de la legitimidad del evangelismo radica en la incredulidad. Sin duda ese es un factor, pero también hay otros motivos. En muchos círculos, el evangelismo tiene mala reputación porque hace pensar en técnicas de fuerte presión, modos simplistas de acorralar a las personas, y formas de comunicación insensibles. Para otros, el evangelismo implica dominantes discursos promocionales que casi intimidan o manipulan a la gente para que "responda" como el vendedor desea. Pero eso no es lo que enseña la Biblia acerca del evangelismo.

La Biblia enseña que el evangelismo es la proclamación del evangelio a

todo el mundo. Esa tarea todavía es central en la misión de la iglesia. Pero nótese en el relato de Mateo que Jesús no solo está interesado en proclamar un simple mensaje. Él va más allá y dice: “Hagan discípulos”. La palabra griega traducida como “discípulo”, *mathētēs*, significa “uno que es aprendiz o alumno”. Parte de la misión de la iglesia es ocuparse en instruir y catequizar —es decir, en discipular— a las personas. Esto implica no solo pedir un compromiso inicial, sino cimentar a las personas en todo el consejo de Dios. Pero existe cierta superposición entre el discipulado, el evangelismo, la enseñanza, y todo lo demás, que podemos ver al considerar el mandato dado a la iglesia en el primer capítulo del libro de Hechos.

Cuando Jesús se preparaba para ascender al cielo, reunió a sus discípulos a su alrededor. Durante esta última oportunidad de hablar con él como una persona sobre la tierra, los discípulos le hicieron una pregunta: “Señor, ¿vas a devolverle a Israel el reino en este tiempo?” (Hechos 1:6). En otras palabras, ¿iba a ser el mesías que ellos habían estado esperando desde un principio que él fuera? Jesús no los reprocha diciendo: “¿Cuántas veces tengo que decirles que no voy a restaurar el reino de Israel?”. Lo que les dice es muy importante para comprender la misión de la iglesia:

> No les toca a ustedes saber el tiempo ni el momento, que son del dominio del Padre. Pero cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hechos 1:7-8).

Jesús les dice a los discípulos, en primer lugar, que hay ciertas cosas que están en manos del Padre y no son asunto de ellos. Nada puede frustrar los planes de Dios, así que deberían dejar de preocuparse por ello. Pero luego les da un mandato: “Serán mis testigos”. La gente suele usar el verbo *testificar* de modo intercambiable con el verbo *evangelizar*, como si ambas palabras fueran sinónimas. Pero estos términos no significan lo mismo en el Nuevo Testamento, aunque por cierto están íntima e inseparablemente ligados. En el Nuevo Testamento, testificar es una palabra genérica que abarca distintos modos de comunicar el evangelio, uno de los cuales es el evangelismo.

Por lo tanto, todo evangelismo es dar testimonio, pero no todo testimonio es evangelismo. El evangelismo es una forma especial de testificar. Dar testimonio de algo, según el Nuevo Testamento, es llamar la atención hacia algo. La palabra griega para “testimonio” es *martyria*, de donde proviene nuestra palabra “mártir”. Los cristianos del Nuevo Testamento entendían que

una forma en que ellos atraían la atención hacia la verdad de Cristo, una forma en la que intentaban hacer visible el reino invisible, es decir, dar testimonio de él, era morir por él. Ellos pusieron de manifiesto algo que era invisible para los incrédulos a su alrededor.

Jesús estaba en partida, se iba a la derecha del Padre, a su coronación. Iba a ser coronado Rey de aquel reino que había anunciado. Pero este reino es invisible a nuestros ojos. No se puede mirar al cielo y ver a Jesús sentado en un trono. Algunos han tratado de espiritualizar completamente el reino y dicen: "Es algo que está en el corazón de las personas". No, el reino de Dios es una realidad objetiva, no solo un sentimiento subjetivo —pero es invisible. ¿Cuál es, pues, la tarea de la iglesia? Hacer visible el reino invisible de Dios. De eso precisamente se trata testificar.

Testificar significa mostrar a las personas algo que ellas no ven. Según la Escritura, hay muchas formas de hacerlo. Cuando celebramos la Cena del Señor, estamos haciendo algo visible que manifiesta la muerte del Señor hasta que él venga. Jesús habló de otra forma de dar testimonio: "En esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos, si se aman unos a otros" (Juan 13:35). La manera en que los cristianos se relacionan unos con otros —algo que la gente puede ver— da testimonio de Cristo. Cuando alimentamos al hambriento, vestimos al que está desnudo, y visitamos a los presos, damos testimonio de la compasión de Cristo. El cristiano, sin convertir personas a Cristo, aún puede testificar de quién es Jesús y cómo es él.

En cierto sentido, dar testimonio del reino de Cristo es la responsabilidad dada por Dios a cada ser humano, porque cada persona está hecha a imagen de Dios. Estar hecho a imagen de Dios es demostrarle a toda la creación el carácter de Dios. Pero desde la caída, la imagen de Dios en el hombre se ha oscurecido. No hemos reflejado ni mostrado la santidad de Dios a un mundo caído.

El evangelismo, por otra parte, es la proclamación propiamente tal —ya sea oral o escrita, pero verbal, ciertamente— del evangelio. Es declarar el mensaje de la persona y la obra de Cristo, quién es él y lo que ha hecho a favor de pecadores como tú y yo.

Eso significa que hay varias cosas que el evangelismo *no* es. No es vivir nuestra vida siendo ejemplo. No es establecer relaciones con las personas. No es dar nuestro testimonio personal. Y no es invitar a alguien a la iglesia. Estas cosas pueden ser buenas y útiles, pero no son evangelismo. Puede que preparen el terreno para el evangelismo. Puede que permitan que los demás

se relacionen con nosotros, o quizá hagan que alguien sienta curiosidad por la razón de vivir como vivimos. Pero no son evangelismo, porque no proclaman el evangelio. Puede que digan algo acerca de Jesús, pero no proclaman acerca de la persona y la obra de Cristo.

Cuando consideramos nuestro propio rol en el testimonio y el evangelismo, debemos tener cuidado de no solo estar haciendo pre-evangelismo y haciendo arreglos para que otros evangelicen, y de no ser simplemente testigos silenciosos. Debemos asegurarnos de que la iglesia esté cumpliendo con su mandato de hacer evangelismo, que es la proclamación propiamente tal de la persona y la obra de Cristo. *Ese* es el mensaje que Dios ha dotado de poder, por medio del cual él ha elegido la locura de la predicación para salvar el mundo. Es el "poder de Dios para salvación", como lo describe el apóstol Pablo (Romanos 1:16).

No todos los cristianos están llamados a ser evangelistas. En el Nuevo Testamento, vemos a la iglesia definida como un cuerpo con unidad en la diversidad. El Espíritu Santo da dones a cada miembro del cuerpo de Cristo. Cada una de las personas de la iglesia ha sido dotada por el Espíritu Santo para hacer y desempeñar alguna tarea para dar testimonio de Cristo. Hay maestros, evangelistas, administradores, y una diversidad de otras funciones que Cristo establece en su iglesia. Cada uno, independientemente de su don, debe estar dispuesto a hacer una confesión de fe por sí mismo. Pero no todos están llamados a ser lo que el Nuevo Testamento llama evangelista, alguien que se enfoca en proclamar el evangelio de Cristo.

Quizá algunos respiren aliviados, en vista de su dificultad para contar a otros acerca de su fe. Pero recuerda esto: cada cristiano debe estar dispuesto a confesar a Cristo con su boca, de lo contrario está lejos del reino. Asimismo, es el deber de cada cristiano asegurarse de que se realice la labor del evangelismo. ¿Son todos maestros? No, pero es tu responsabilidad como miembro del cuerpo de Cristo asegurar que se lleve a cabo la enseñanza. ¿Son todos misioneros? No, pero es tu responsabilidad asegurar que se lleve a cabo la empresa misionera. Por lo tanto, todos tenemos parte en la responsabilidad de la misión total de la iglesia.

No existe empresa más emocionante que el evangelismo. Yo no soy evangelista, soy maestro. A mí y a quienes me conocen nos parece obvio que mi don y llamado es la enseñanza. Cuando era un cristiano nuevo, primero me ofrecí de voluntario para ser evangelista; Dios dijo "no". Luego, quería ser misionero; Dios dijo "no" otra vez. Yo no quería ser maestro; pero

probablemente haya hablado personalmente con mil personas acerca de Jesucristo antes de ver a una sola responder al evangelio. En cierto sentido, todavía tengo corazón de evangelista, y me preocupo por los evangelistas, pero no es mi don.

Sabemos que solo el Espíritu Santo puede cambiar el corazón. ¿Pero habrá un privilegio más grande en este mundo que ser usado por Dios para comunicarle ese evangelio a un ser humano? Si el hombre que me llevó a Cristo fuera condenado por homicidio en primer grado, o si escandalizara a la comunidad cristiana por una conducta improcedente, o repudiara su amistad conmigo, yo aún estaría eternamente agradecido de que él haya abierto su boca y me haya enseñado de Cristo. Cuando pienso en él, vuelvo a pensar en aquel texto: “¡Qué hermoso es recibir al mensajero que trae buenas nuevas!”.



Movilización de los laicos

En un viaje a Israel para visitar los sitios geográficos del Antiguo y el Nuevo Testamento, yo estaba fascinado de ver la situación en Israel. Este país, desde luego, ha sido un lugar de lucha durante décadas. Vimos personas vestidas de civil caminando por la calle con armas en sus hombros. Había hombres en las playas con traje de baño y con subametralladoras cruzadas sobre el cuerpo. Viajando a través de los Altos del Golán, por el camino vimos señales de advertencia de que los campos estaban llenos de minas terrestres. Vimos muchas otras actividades militares aparte de estas. Parecía tan incongruente: la vida cotidiana transcurría de manera rutinaria, y no obstante siempre había una amenaza de enfrentamiento militar que podía presentarse en cualquier momento.

Lo más interesante acerca de la situación militar en Israel era que esta pequeña nación tiene que estar preparada para la posibilidad de un encuentro militar prácticamente en cualquier momento, y la manera en que está plenamente dedicada a un estado de alerta militar. A cada hombre de Israel se le exige que, tras graduarse de la educación secundaria, entre a la milicia para un servicio de tres años. A cada mujer graduada se le exige que entre al servicio por dos años. Pasado el tiempo de servicio, todavía se les exige que pasen un mes cada año en entrenamiento de reserva hasta la edad de cincuenta y uno. En cierto sentido, cada ciudadano siempre es considerado como parte del ejército.

En Israel, la alerta militar es la norma. Y el Nuevo Testamento señala que algo similar se espera de la iglesia. Aunque no se trata de la militancia de la espada, la imaginería de la Escritura y en los labios de Jesús para describir la misión de la iglesia está tomada del ámbito militar. La presteza de un ejército es una de sus cualidades más importantes, y al parecer la iglesia de hoy ciertamente tiene un número adecuado de tropas. Tenemos considerables oportunidades de entrenamiento disponibles. Lo que nos falta es la capacidad de reunirnos para la acción; nos falta movilizarnos.

A menudo se asume que la mejor forma de llevar a cabo la misión de la iglesia es contratar a un predicador o un equipo ministerial y dejar que ellos manejen los combates necesarios para ganar la batalla. ¿Pero alguna vez has oído de un ejército donde el único que combate es el general? Para que un ejército tenga éxito, debe tener un pelotón de soldados hábiles, entrenados, y movilizados. Eso no es menos cierto en el reino de Dios, y en la guerra que no es contra carne y sangre, sino contra gobernadores y potestades y fuerzas espirituales de maldad (Efesios 6:12).

Hay algunos importantes pasajes bíblicos que hablan acerca de la movilización de los laicos. Uno de los más importantes se encuentra en Éxodo, en el contexto de la visita a Moisés de su suegro Jetro. Comienza de esta forma:

> Al día siguiente, sucedió que Moisés se sentó a juzgar al pueblo, y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde. Al ver el suegro de Moisés todo lo que éste hacía con el pueblo, dijo: “¿Qué es lo que estás haciendo con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, mientras todo el pueblo se queda delante de ti desde la mañana hasta la tarde?”. Moisés le respondió a su suegro: “Es que el pueblo viene a mí para consultar a Dios. Cuando tienen problemas, vienen a mí; entonces yo juzgo entre el uno y el otro, y les doy a conocer las ordenanzas y leyes de Dios” (Éxodo 18:13-16).

Jetro vio que Moisés ministraba al pueblo todo el día. Se rascó la cabeza y dijo: “Moisés, ¿qué estás haciendo?”. Casi podemos leer entre líneas y detectar el mínimo indicio de orgullo de parte de Moisés, o al menos cierta sensación de satisfacción por un trabajo bien hecho, cuando explica su rol crucial de liderar y juzgar al pueblo.

En lugar de felicitar a Moisés, Jetro lo regaña:

> Pero el suegro de Moisés le dijo: “Esto que haces no está bien, pues te cansarás tú, y también se cansará este pueblo. Este trabajo es demasiado pesado para ti, y no vas a poder hacerlo tú solo” (vv. 17-18).

Nótese que Jetro no vino a Moisés para decirle que estaba preocupado porque Moisés había abarcado mucho y apretaba poco, y que eso podía acabar mal. Él más bien habló certezas: esta situación seguramente va a cansar a Moisés y al pueblo. Para nadie es bueno cuando las personas piensan que pueden manejar todos los asuntos de Dios por sí solos. Simplemente es imposible.

Luego Jetro le dio una solución a Moisés:

> Préstame atención, que voy a darte un consejo, y que Dios te acompañe. Preséntate ante Dios en lugar del pueblo, y somete a su juicio todos los problemas. Enséñales a ellos las ordenanzas y las leyes, e indícales cómo deben conducirse, y qué deben hacer. Además, escoge de entre el pueblo algunos hombres respetables y temerosos de Dios, confiables y nada ambiciosos, y ponlos al frente de grupos de mil, cien, cincuenta y diez personas. Que se ocupen ellos de juzgar al pueblo en todo momento, que dicten sentencia en cuestiones menores, y que a ti te remitan todo asunto de gravedad. Así aligerarás tu carga, pues ellos la llevarán contigo. Si haces esto, y Dios así te lo ordena, podrás resistir; además, todo el pueblo volverá tranquilo a su casa (vv. 19-23).

Dios impulsó a Moisés por medio de Jetro a implementar una cuidadosa estructura organizacional, no distinta a una organización militar, que otorgaría claras responsabilidades y un alto grado de agilidad para reaccionar a las circunstancias. Jetro instó a Moisés a que buscara hombres que temieran a Dios y amaran la justicia y los pusiera sobre el pueblo como jueces. Los jueces atenderían los casos menores y le llevarían a Moisés cualquier cosa que no pudieran resolver. De esta forma, la carga se repartiría entre muchos.

A veces desdeñamos la organización como algo que hace la gente secular. Queremos tener la libertad espontánea del Espíritu. A veces existe una sutil desconfianza hacia la planificación cuidadosa, la estrategia y la organización en la iglesia, pero Dios mismo ordena que se lleve a cabo este tipo de organización. En ella, todos son ministrados, todos son tenidos en cuenta, y se consideran todas las situaciones.

En el libro de Números, Moisés finalmente implementa este proceso

organizacional. En el capítulo 11, el pueblo se queja de que no tienen carne para comer. En el desierto, no había comida. Solo había matorrales para que pastaran sus rebaños. No había sembrados ni ganado para que comieran. El pueblo subsistía diariamente con esta milagrosa provisión del cielo, llamada maná, que Dios les había dado. Maná al desayuno, maná al almuerzo, maná en la cena. Si alguien quería una merienda a media noche, maná.

Así que el pueblo comenzó a extrañar sus días de esclavitud en Egipto. No se acordaron de los azotes que recibían de sus capataces o de lo agradable que fue cuando el faraón los obligó a hacer ladrillos sin paja. Lo único que recordaban eran los buenos viejos tiempos de los puerros, los ajos, los pepinos y las cebollas —y estaban dispuestos a trocar su salvación por un pepino.

Moisés ya no aguantaba más, y apeló al Señor, diciendo que liderar a este pueblo quejumbroso era una carga demasiado pesada para él. En su desazón, Moisés oró: "Si así me vas a tratar, voy a agradecerte que me mates. Y si acaso merezco tu favor, ¡no me dejes ver mi propia desgracia!" (Números 11:15).

El Señor prometió darle carne al pueblo, pero tanta que se hastiarían de ella:

> No la comerán un día ni dos; ni cinco, diez o veinte días, sino todo un mes, hasta que les salga por las narices, y se harten de comerla, por haberme menospreciado. Yo soy el Señor y estoy en medio de ustedes (vv. 19-20).

El Señor también le dijo a Moisés que reuniera a setenta ancianos para que llevaran la carga de guiar al pueblo. Entonces leemos:

> Entonces el Señor descendió en la nube, y habló con él. Tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta ancianos; y cuando el espíritu se posó en ellos, comenzaron a profetizar, y no dejaban de hacerlo. En el campamento se habían quedado Eldad y Medad, dos varones sobre los cuales también se posó el espíritu (vv. 25-26).

Al ver a estos hombres profetizando, Josué se entrometió y le dijo a Moisés: "Moisés, mi señor, ¡no se lo permitas!" (v. 28). El pueblo estaba acostumbrado a que solo Moisés estuviera ungido por el Dios Santo. Esto les parecía una insurrección: alguien estaba manifestando el poder de Dios aparte

de Moisés.

Lo que Moisés le dice a Josué aquí es crucial: "¿Acaso tienes celos por mí? ¡Cómo quisiera yo que todo el pueblo del Señor fuera profeta! ¡Cómo quisiera yo que el Señor pusiera su espíritu sobre ellos!" (v. 29). Moisés vio que en lugar de un líder que llevara a los israelitas a la Tierra Prometida, había setenta y uno. Su oración era que, algún día, todo el pueblo del Señor fuese profeta, que en algún momento Dios pusiera su Espíritu sobre todos los hombres.

Cuando llegamos al libro de Joel, esa oración se había convertido en una profecía. Joel dijo que el Señor había declarado: "Después de esto, derramaré mi espíritu sobre la humanidad entera, y los hijos y las hijas de ustedes profetizarán; los ancianos tendrán sueños, y los jóvenes recibirán visiones" (Joel 2:28). En Pentecostés, la profecía de Joel se cumplió y el Espíritu fue derramado sobre toda la iglesia (ver Hechos 2:14-21). El Espíritu ya no está limitado a unos pocos selectos; él pertenece y habita en todos los creyentes.

La imagen de la iglesia en el Nuevo Testamento es la de una organización energizada por Dios el Espíritu Santo. En la doctrina de la iglesia del Nuevo Testamento, cada persona en el cuerpo de Cristo ha sido capacitada y potenciada por Dios el Espíritu Santo para estar lista para la batalla, para ser parte de la misión que Dios le ha dado a su iglesia. Concebir la iglesia como una organización en la que solo los ministros hacen la labor y el ministerio es no haber entendido nada. La tarea primordial del ministro es equipar a los santos —la gente de las bases, el pueblo laico. El ministerio de la iglesia le pertenece al pueblo de Dios que ha sido dotado por el Espíritu Santo para llevarlo a cabo.



Evangelismo sistemático

Muchos cristianos se pasan la vida entera sin ser usados por Dios como medio e instrumento humano para que una persona venga a Cristo. Mi propio llamado no es a ser evangelista, pero ver a otro ser humano venir a Cristo es la experiencia ministerial más significativa que yo haya tenido.

Una vez una iglesia me contrató para ser el ministro de teología, lo que significaba que mi trabajo era enseñar. A la descripción de mi trabajo además le agregaron la frase "ministro de evangelismo". Yo dije que no sabía nada de evangelismo. Así que me enviaron a un seminario para capacitarme en evangelismo.

El ministro que lideraba el seminario hablaba de cómo memorizar un bosquejo, de cómo él usaba preguntas clave para estimular la discusión, y que hay un patrón según el cual debe fluir el evangelismo. La idea detrás del método que él empleaba era concentrar la atención en la cuestión última de la redención individual de la persona: ¿cómo puede justificarse delante de Dios? La mayoría de las personas dirán que han llevado una vida buena; muy pocos dirán que han sido justificados solo por la fe en Cristo solamente.

Métodos como este son bastante recomendables. Son fáciles de aprender y permiten que las personas se involucren en discusiones acerca del cristianismo, aunque se debe tener cuidado de no estar meramente leyendo un guión sino más bien estar realmente estableciendo una conexión con la otra

persona.

A fin de cuentas, el evangelismo no se trata tanto del método empleado como del mensaje que uno proclama. Recordemos que el evangelismo es la proclamación del evangelio: contar la historia, anunciar las noticias. Algunos temen que no saben lo suficiente para evangelizar. Yo les digo: "Cuenten lo que *sí* saben". Dejen la defensa de las aseveraciones sobre la verdad para los apologetas y presenten el sencillo mensaje del evangelio. Cualquiera que tenga la capacidad de hablar acerca de tres o cuatro principios básicos puede convertirse en un evangelista efectivo. Aquí es donde los programas y el entrenamiento para el evangelismo pueden ser útiles.

El libro de Hechos nos habla de Esteban, el primer cristiano mártir. Él muere apedreado en el capítulo 7, tras lo cual se desata una terrible persecución. Pareciera que el fin de la naciente iglesia podría estar cerca. Pero entonces leemos:

> Saulo estuvo de acuerdo con la muerte de Esteban, y ese día se desató una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén, y muchos se dispersaron por las tierras de Judea y de Samaria, menos los apóstoles. Y mientras que unos hombres piadosos levantaron a Esteban y lo enterraron y lloraron mucho por él, Saulo hacía destrozos en la iglesia: entraba a las casas, y arrastraba a hombres y mujeres y los llevaba a la cárcel. Mientras tanto, los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando el evangelio (Hechos 8:1-4).

¿De qué manera la iglesia cristiana avanzó de doce personas a un ejército? ¿Luego a una nación? ¿Luego a todo un imperio, y finalmente a convertirse en la mayor influencia cultural de la civilización de Occidente? El secreto está precisamente en el último verso: "Los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando el evangelio".

¿Quiénes eran los que fueron dispersados? Hubo una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, y todos ellos se dispersaron en los alrededores, por las regiones de Judea y Samaria —todos excepto los apóstoles. Fueron los creyentes comunes los que causaron esta enorme expansión de la iglesia primitiva.

¿Podemos encontrar alguna estructura en este evangelismo expansivo en el libro de Hechos? Sí; en el primer capítulo de Hechos vemos que Jesús da la comisión a la iglesia primitiva: "Pero cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en

Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8). Esta descripción sigue el esquema de la Gran Comisión.

Los apóstoles y los primeros creyentes también fueron comisionados para hacer un anuncio específico. Cuando analizamos la predicación que se encuentra en el libro de Hechos, vemos una y otra vez lo que los teólogos llaman el *kerigma* o "proclamación", que es el mismo mensaje esencial en cada sermón. Este mensaje consiste en las realidades básicas de la muerte, resurrección, y ascensión de Cristo. Luego, además del *kerigma*, en el Nuevo Testamento encontramos el surgimiento de lo que se llamó la *didachē* o "enseñanza", que complementó la proclamación inicial de la obra salvífica de Cristo.

La organización de la iglesia normalmente funcionaba de esta forma: los cristianos salían y proclamaban el evangelio. Otras personas respondían al evangelio, eran bautizadas, e inmediatamente después se les enseñaba el contenido de la *didachē*. Era algo similar a lo que podríamos imaginar como el aprendizaje de un catecismo o las enseñanzas esenciales de la iglesia. Ahí es donde los nuevos creyentes aprendían el esquema general de la obra de Dios en el mundo, desde la creación a la vida de Abraham, Isaac, y Jacob, hasta su reciente obra a través de Jesucristo y el Espíritu Santo. La iglesia no intentó esperar hasta que el mundo fuera educado en el judaísmo o aun en toda la teología cristiana antes de llamar al mundo a un compromiso con Cristo.

La enseñanza es de vital importancia. Pero, en términos generales, esta se recibe mejor *después* de que la persona ha respondido al evangelio. No se puede educar personas para que entren al reino de Dios. La educación es algo que ocurre después de la conversión. Así que la iglesia del Nuevo Testamento se movilizaba, era energizada, y tenía la visión de salir, y, de un modo muy sencillo, presentaba el evangelio y luego hacía un seguimiento con la enseñanza. A este enfoque yo lo llamo "evangelismo sistemático".

En mi iglesia anterior, comenzamos a visitar a la gente en sus casas con el fin de evangelizar. Cuando nos identificábamos como representantes de la iglesia presbiteriana, las primeras reacciones y suposiciones de nuestros anfitriones eran que habíamos venido a pedir dinero o a invitarlos a ser miembros de nuestra iglesia. Ese era el único motivo por el que los presbiterianos los habían visitado alguna vez en el pasado. Nosotros les decíamos: "No estamos aquí para pedir donaciones. Ni siquiera hemos venido a pedirle que se una a nuestra iglesia. Estamos aquí para hablarle de Cristo".

Eso los deslumbraba.

Este enfoque era sistemático, movilizado, y programado. A veces parecía tan mecánico y poco inspirador. Pero salimos, semana tras semana, durante un año y medio. Nos reuníamos como iglesia, luego salíamos en grupos. Antes de que nadie pusiera un pie en aquella comunidad, teníamos una oración congregacional, nos arrodillábamos y orábamos por cada una de las personas que salía a la comunidad. Ellos sabían que la iglesia los estaba respaldando en esta misión. Al final, conocimos y le explicamos el evangelio a mucha gente con la que quizá no nos habríamos encontrado si hubiéramos usado un enfoque menos sistemático.



La base bíblica para las misiones

En la década de 1960, algunos teólogos creyeron ver en el Nuevo Testamento una tensión o conflicto entre Dios el Padre y Dios el Hijo. Según ellos, a Dios el Padre se le retrata como una deidad furiosa en quien solo hay cabida para la ira hacia el mundo; su propósito era llevar a cabo la justicia castigando a toda la humanidad. Por otra parte, Dios el Hijo, que se caracteriza por un espíritu mucho más grande de compasión, misericordia y amor, entra en la escena de la historia con el fin de persuadir al Padre que perdone a algunas de estas personas malvadas, y de inducir al Padre a que redima a aquellos por quienes Cristo dio su vida.

Esta postura, sin embargo, no tiene sustento en la evidencia bíblica. Incluso una lectura somera de la Escritura indica que Jesús vio su misión y llamado como aquello que *cumple* el deseo del Padre. Su comida y su bebida eran hacer la voluntad del Padre. Jesús vino al mundo porque fue enviado al mundo por el Padre. Fue idea del Padre llevar a cabo la redención y actuar conforme a su preocupación y amor por el mundo. En consecuencia, él se puso en acción: envió a su Hijo unigénito. Pensar algo distinto sería, como mínimo, socavar la mismísima misión de la propia iglesia.

La base bíblica para las misiones comienza con la obra de Dios de enviar a su Hijo por nuestra redención. Prácticamente todas las iglesias locales destinan una porción de su presupuesto a la tarea de las misiones. La mayoría de los cristianos tiene cierta idea de lo que significa la misión; pero puede que

la *base* de esa misión no esté tan clara.

¿Qué es la misión, y cuál es el principal fundamento para la misión de la iglesia? La propia palabra *misión* proviene del verbo latino *missio*, que significa "enviar". Por lo tanto, misión literalmente tiene que ver con envío. En la Escritura, encontramos que el verbo *enviar* se usa una y otra vez y de muchas formas. Pero en cierto sentido toda la vida de la iglesia y toda la experiencia del cristiano finalmente están arraigadas en alguna forma de envío fundado en la autoridad y la acción de Dios mismo.

Es Dios quien instituye, santifica, y ordena la misión de la iglesia. Uno de los pasajes más famosos de la Biblia se refiere a esta misión: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:16). Muchos conocen este verso, ¿pero cuántos conocen el que le sigue? "Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (v. 17). El motivo detrás del acto divino de redención concretado en Juan 3:16 radica en la acción de Dios de enviar a su Hijo al mundo. El propósito no fue negativo sino positivo; Dios no envió al Hijo con el propósito de traer juicio, sino más bien con el propósito de la redención. El verso 34 revela más acerca de esa misión: "Porque el enviado de Dios habla las palabras de Dios; pues Dios no da el Espíritu por medida". ¿Quién es el enviado de Dios? Es Jesucristo, y fue enviado a hablar las palabras de Dios y a dar el Espíritu Santo sin medida.

También en su Oración Sumosacerdotal Jesús habla las palabras de Dios y de haber sido enviado por el Padre: "Yo les he dado las palabras que me diste, y ellos las recibieron; y han comprendido en verdad que salí de ti, y han creído que tú me enviaste" (Juan 17:8). Al continuar orando por sus discípulos, Jesús dice: "Tal como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo" (v. 18). Aquí vemos la base de la misión de la iglesia. Dios envió a Cristo, Cristo envió a la iglesia. La base bíblica de las misiones es la Palabra de Dios hablada con autoridad divina; es el mandato de Cristo.

Vivimos en una época en la que la cultura secular y muchas autoridades eclesiásticas desechan todo el concepto de misiones mundiales. Algunos aducen que el tiempo de la actividad misionera mundial ha terminado. Un argumento que se da para ello es que las misiones no solo son innecesarias sino que son una fuerza destructiva desatada en el mundo. Se acusa a las misiones mundiales de haber sido nada más que una plataforma para el imperialismo y para la explotación de las naciones subdesarrolladas por parte

de las naciones industrializadas del mundo. También está la consideración sociológica de que la civilización es una influencia corruptiva sobre los nativos inocentes, quienes tendrían un mayor bienestar y paz sin los problemas del mundo occidental que el misionero inevitablemente carga en su equipaje.

Esto, desde luego, no son más que sandeces, y no hay evidencia que lo sustente. Las misiones modernas proporcionan valiosos recursos médicos, educacionales y agrícolas, además de la importante labor de predicar el evangelio. Desafortunadamente, el número de misioneros en el campo sigue disminuyendo, porque una parte significativa de la iglesia ya no cree que sea necesario cumplir el mandato de Cristo de llevar el evangelio hasta lo último de la tierra.

Pero la misión de Dios siempre ha sido un programa de envío. Dios le habló a Abraham en la tierra de los caldeos y lo envió a una nueva tierra donde sería el padre de una gran nación. Él vino a Moisés en medio del desierto madianita y lo envió al faraón con el mensaje: “Deja ir a mi pueblo”. Dios envió a sus hijos afuera de Egipto a la Tierra Prometida. Cuando fueron desobedientes al pacto que Dios había hecho con ellos, él envió a los profetas a amonestarlos. Cuando eso no los hizo cambiar, él envió a su Hijo.

La palabra *apóstol* significa “enviado”. En tiempos del Nuevo Testamento, un apóstol era alguien que tenía la autoridad de hablar en nombre del que lo había enviado. En el Nuevo Testamento, el primer apóstol es Cristo mismo, el enviado del Padre. Luego, el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo. Luego, el Espíritu fue derramado sobre la iglesia, y la iglesia fue enviada a completar el ministerio de Cristo en todo el mundo: a cada lengua, a cada nación, a cada tribu.

En Romanos 10, Pablo plantea una serie de preguntas que aluden directamente a la cuestión de nuestra responsabilidad. Tras afirmar que “todo el que invoque el nombre del Señor será salvo” (v. 13), él pregunta:

> Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: “¡Cuán hermosa es la llegada de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (vv. 14-15).

Nadie puede invocar a Cristo para que lo salve si no cree en él. Pablo apunta al desafío y la responsabilidad de la iglesia: enviar, para que la gente

pueda escuchar de Jesús, y al escuchar, pueda creer y ser salva.

¿Cuándo concluye el mandato misionero? Cuando haya sido cumplido, y el mandato de Cristo haya sido completado. Si en una reunión de la iglesia alguien se pone de pie y dice que el tiempo de la misión ha terminado, resístanlo con todas sus fuerzas, porque esa persona está propugnando nada menos que traición al Señor de la iglesia. El deber de la iglesia es cumplir la Gran Comisión, enviar personas a todo el mundo. De eso precisamente se tratan las misiones.



En busca de los perdidos

Cuando vivíamos en Pennsylvania, un día nuestro perro huyó de la casa. Yo amaba a mi perro, así que no me quedé en la casa de brazos cruzados y silbando. Salí a pie, y luego en automóvil, en busca de mi perro perdido. Tuve que salir por los alrededores del Ligonier Valley Study Center, ubicado en las montañas en un área más bien remota. No es como en los suburbios, donde uno mira por la ventana y ve a través de las ventanas del vecino contiguo. Muchas casas estaban ubicadas en terrenos de cinco, diez, hasta cuarenta hectáreas. Las casas estaban bastante separadas entre sí, así que no conocíamos a todos los que vivían calle arriba o abajo.

En esa área, había dos tipos de personas. Uno era el de personas muy ricas, quienes usaban esa área como centro de veraneo. El otro tipo era el de personas desesperadamente pobres: la “gente de los Montes Apalaches”. Ellos vivían prácticamente codo a codo con la gente de extravagante riqueza. Mientras buscaba mi perro, comencé a recorrer calles y entradas de casas por las que nunca había andado antes. La particular impresión que me dejó esa experiencia fue salir del final del acceso a mi casa, virar a la derecha hacia la calle, y avanzar menos de quinientos metros antes de virar en una entrada por la que probablemente había pasado mil veces.

Yo no tenía idea de qué había al final de ese acceso, pero no podía creer lo que encontré. Fue como si hubiera llegado a otro país o a otro mundo, un mundo de extrema pobreza. Vi personas viviendo sin comida, sin un refugio

adecuado, y sin suficiente vestuario; era evidente que estaban desempleados y subsistiendo a duras penas. Yo ni siquiera tenía idea de que esa gente vivía ahí, y no obstante, su residencia no estaba ni a quinientos metros de mi casa. Yo llevaba ocho o nueve años en el lugar sin darme cuenta de que ellos vivían al otro lado de la calle.

Es fácil que nos blindemos —inconscientemente, sin malicia, pero aun así— para pasar al otro lado sin advertir el dolor y la desesperanza que nos rodea. No es así como actuaba Jesús. Él buscaba el dolor. Él iba en busca de la gente perdida. Ese era el primer paso para redimirla.

Jesús se ganó una reputación de asociarse con los que eran tenidos por marginados. Parias, indeseables, lo desagradable de la cultura judía, todos ellos se reunían en torno a Jesús. Esto desconcertó a los fariseos y los escribas, los dignatarios y el clero de la época. Ellos habían adoptado una tradición que enseñaba la salvación por segregación: mantente alejado de cualquiera que se involucre en el pecado; así es como puedes asegurar tu propia redención. Parte de su filosofía elemental era aislarse de los pecadores. Jesús vino y desafió esa tradición asociándose abiertamente con los parias de la cultura.

Fue en una de estas ocasiones cuando los fariseos comenzaron a gruñir y a quejarse de los acompañantes de Jesús. En respuesta, Jesús cuenta una serie de parábolas, de las cuales la primera dice lo siguiente:

> ¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, gozoso la pone sobre sus hombros, y al llegar a su casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: “¡Alégrense conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido!”. Les digo que así también será en el cielo: habrá más gozo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse (Lucas 15:4-7).

Esta parábola se llama “la parábola de la oveja perdida”. Hoy algunos creen que nadie está perdido y rechazan todo el concepto de estar perdido. Están los universalistas, que creen que todos van al cielo automáticamente. La justificación no sería por fe o por obras, sino por la muerte simplemente, pues nadie está realmente perdido. También están los que dicen que si se les da el tiempo suficiente, los perdidos finalmente encontrarán el camino de regreso. Solo tenemos que dejarlos en paz.

Sin embargo, si nadie está perdido, o si ellos encontrarán el camino de regreso por su cuenta, entonces la misión de Cristo fue una pérdida de tiempo; la expiación de Cristo no era necesaria. Esto arroja una sombra sobre toda la misión de Jesús mismo.

Jesús definió su misión diciendo: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lucas 19:10). No dijo simplemente que había venido a *salvar* al perdido, sino que vino a *buscarlo* y a salvarlo. Es decir, antes de que el perdido pueda ser redimido, primero tiene que ser encontrado.

Es el encontrar al perdido lo que requiere el esfuerzo misionero. No cuesta nada engañarse pensando que nadie está perdido, y una forma de hacerlo es alejarnos de la búsqueda, es decir, asegurarnos de permanecer desinformados respecto de las necesidades de los perdidos, de evitar enterarnos de lo que realmente está sucediendo en el mundo. Por ejemplo, no nos salimos de nuestro camino para comprender y enterarnos acerca de toda la gente que sufre de hambre en el mundo. Cuando somos confrontados con esa realidad, esta nos remece la conciencia y nos lleva a la acción. Pero no nos salimos del camino para encontrar miseria; creemos que ya hay bastante miseria en nuestra vida sin tener que buscar más.

Cuando yo era niño, todavía era normal que el doctor hiciera visitas a domicilio, en las que él realmente iba a la casa. Cada día, él recorría la comunidad en su automóvil, y visitaba a los niños, los ancianos, y a cualquiera que estuviese enfermo. Hoy, si uno está enfermo, el doctor no vendrá a verlo; uno tiene que ir al doctor. Lamentablemente, muchas iglesias funcionan de la misma forma; abren una consulta e invitan a la gente a que venga a ellos.

Pero Jesús no tenía un local. Él no esperaba detrás de unas puertas cerradas que la gente viniera a verlo. El suyo era un ministerio "ambulante". Él salía a donde estaba la gente. De eso precisamente se tratan las misiones. El ministerio de Cristo era un ministerio de búsqueda del dolor y de los perdidos.

La segunda parábola que Jesús les cuenta a los fariseos es la siguiente:

> ¿O qué mujer, si tiene diez monedas y pierde una de ellas, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con cuidado la moneda, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: "¡Alégrense conmigo, porque he encontrado la moneda que se me

había perdido!" Yo les digo a ustedes que el mismo gozo hay delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (vv. 8.10).

Quizá esta sea la única ocasión en que la mujer ha barrido la casa. Ella ha perdido algo, y da vuelta todas las cosas para encontrar la décima parte de su fortuna. Ella ha perdido una moneda, y cuando la echa en falta no dice simplemente: "Qué importa; todavía me quedan nueve monedas". Ella removió cielo y tierra para encontrar la moneda.

¿Has perdido alguna vez algo valioso que fuera importante para ti? Si es así, entonces ya conoces el pánico que se siente mientras uno trata de encontrarlo. Recuerdo cuando viví en la casa de un amigo que estaba en Holanda terminando su tesis doctoral. Antes de irse a Holanda, él me dio una llave de su caja fuerte. Me dijo: "En caso de que tenga alguna emergencia, te voy a contactar. Tengo fondos guardados en esta caja fuerte. Si algo pasa, lo único que tienes que hacer ir con esa llave al banco, abrir la caja, y enviarme el dinero".

Pasaron varios meses, y recibí un mensaje urgente que decía que mi amigo necesitaba dinero desesperadamente. Yo fue directo a mi escritorio donde sabía que había dejado la llave, abrí el cajón de la sección central, miré adentro… y la llave había desaparecido. No tenía idea de dónde estaba. Busqué frenéticamente por toda la casa. No la pude encontrar. Fui al banco y les expliqué la situación. Ellos dijeron: "Lo sentimos, pero sin esa llave, no estamos autorizados para dejarlo entrar a abrir esa caja".

Les expliqué mi situación a los alumnos de mi clase. Le pedí a todo el curso que viniera a mi casa, y la recorrimos con un fino rastrillo. Levantamos las alfombras. Hurgamos en la ropa de invierno. Sacamos los cajones. Revolvimos las cortinas. Registramos sistemáticamente cada centímetro cuadrado de esa casa.

Finalmente, después de mucha búsqueda, encontré la llave. Cuando la encontré, me volví loco. Empecé a saltar de felicidad; y pensé, mira cómo me alegro por encontrar una llave. También me alegré cuando encontré mi perro perdido. ¿Qué hará el cielo cuando una persona perdida es hallada? Hay más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse.

Yo me pongo eufórico cuando encuentro mi perro perdido. Me pongo eufórico cuando encuentro una llave perdida. Me pongo eufórico cuando encuentro algún dinero perdido. El cielo hace fiesta cuando una persona

perdida es hallada. Nosotros buscamos llaves. Buscamos monedas. Buscamos ovejas. ¿Por qué no buscamos personas?

Si alguna vez te has perdido en un bosque, sabrás lo terrible que se siente. Es fácil dar una vuelta, y luego otra; luego, de pronto los puntos de referencia se ven todos iguales, y uno se desorienta. Uno puede comenzar a alejarse del punto de reconocimiento, y adentrarse cada vez más en el bosque sin saberlo. Caer en la cuenta de que uno está perdido puede ser aterrador. Pero aún más aterrador es que algunos estén perdidos y ni siquiera lo sepan.

Una de mis ilustraciones favoritas de esta idea proviene de *Alicia en el país de las maravillas*. Alicia va caminando y no sabe a dónde va. Llega a una bifurcación y no sabe qué camino seguir. La indecisión la paraliza, y arriba de un árbol está sentado el Gato de Cheshire, con una sonrisa de oreja a oreja. Alicia se anima un poco por la presencia del Gato de Cheshire, y le pregunta: "¿Qué camino debería seguir?".

El gato le dice: "Bueno, depende. ¿Hacia dónde te diriges?".

Alicia responde: "No lo sé".

El gato contesta: "Entonces no importa qué camino sigas".

Hoy mucha gente está en esa situación. Ignoran dónde están y no tienen idea de a dónde van. Su vida entera consiste en vagar sin rumbo, sin propósito, sin un objetivo, sin sentido ni significación. Una cosa es estar perdido; otra distinta es estar perdido y no saberlo. Cuando una persona está en esa situación, es inevitable que experimente una crisis y se dé cuenta de que no tiene idea de dónde está ni cómo llegó allí.

Dios le da prioridad a la búsqueda de personas en esa condición. Después de la moneda perdida y la oveja perdida, Jesús vuelca su atención hacia las personas. La parábola del hijo pródigo (Lucas 15:11-32) es una conocida historia, y es importante mantener el enfoque donde debe estar: no en el hijo perdido, sino en el padre y su gran gozo por el arrepentimiento y el regreso de su hijo. Cuando el padre ve a su hijo a la distancia, se echa a correr por el camino y lo abraza, mata un novillo engordado, le da al hijo un anillo, y lo viste con ropa de honor. Entretanto, le dice al hermano mayor: "Era necesario hacer una fiesta y regocijarnos, porque tu hermano estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y lo hemos hallado" (v. 32).

Esta parábola nos dice cómo es Dios. Él corre tras los perdidos, y se regocija cuando un apersona es redimida.

Esa es la misión de la iglesia, y cada uno de nosotros tiene una responsabilidad de asegurarse de que los perdidos sean buscados y

encontrados. No estamos tratando con monedas ni ovejas, ni estamos tratando con perros o llaves. Estamos tratando con personas a las que Cristo ama. Él mismo lo dijo.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God*, *Chosen by God*, *The Invisible Hand*, *Faith Alone*, *Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.